En relación a la reducción del número de galerías, Urroz indicó que en esta edición se "buscará la calidad antes que cantidad". / J. Maqueda

ARCO renace con menos galerías y "la razón última de hacer negocio"

Tras la crisis del año pasado, la feria de arte contemporáneo se enfrenta a su trigésima edición reduciendo el número de 'stands' a 197 ● Rusia se presenta como país invitado

Begoña Marín. Madrid

Se han creado muchas expectativas en torno a la trigésima edición de la Feria Internacional de Arte Contemporáneo (ARCO). Y no por el aniversario. La disputa entre galeristas y la dirección de Ifema por los criterios de selección de los participantes estuvo a punto de provocar el cierre y acabó con la cabeza de su directora, Lourdes Fernández. Carlos Urroz tomó el relevo. Ayer desveló las claves de la nueva (y milagrosa) edición, que se celebrará del 16 al 20 de febrero, con celosa prudencia.

-"¿Ha tratado de poner su sello personal?", preguntaba un periodista.

-"Hemos repensado programas, conferencias, foros...para que acabe siendo una feria duradera", respondía conciso.

-"¿Cómo afectará la economía?", cuestionaba otro.

-"Esperemos que la feria sea un paréntesis a la crisis, que las obras que se cuelgan en las paredes tienten a los coleccionistas y se retraiga el miedo producido por las noticias que se ven en televisión", contestaba esperanzado.

El nerviosismo por el devenir de la muestra se palpaba y las secuelas de la *gripe* ARCO se relativizaban: "El año pasado no fue malo y hay que esperar que se superen las cifras". Sin duda, los datos de asistencia del año pasado fueron desbordantes, 150.000 visitas. Pero el problema que se plantea es si la finalidad es atraer a la mayor cantidad de público o reducirlo al comprador potencial. "La razón última es hacer negocio y eso nunca hay que olvidarlo. Todo debe girar en torno al coleccionista, son los que mueven el mercado del arte", recordaba ayer Luis Eduardo Cortés, presidente del Comité Ejecutivo de Ifema.

Por ello ha disminuido el número de *stands*, 197 frente a los 218 del año pasado. Había quienes esperaban que no se superasen los 150. En realidad, la reducción de 21 expositores no es una medida tan drástica. Es el mismo recorte que hubo entre 2010 y 2009. Y de los 47.590 metros cuadrados de la pasada edición se pasa a 38.550, distribuidos en dos pabellones en vez de tres.

Incluso Rusia, que este año se presenta como país invitado, sufrirá los recortes y se quedará con ocho galerías, seleccionadas por Daria Pyrkina, comisaria de la National Centre for Contemporary Arts. Continuará el habitual espacio Solo Projects, con 14 stands dedicados a los países iberoamericanos, y el programa Opening, centrado en las jóvenes promesas europeas.

El clima entre los galeristas ayer era "optimista", o al menos así lo expresaba Isabel Yanguas, de Distrito 4. Aunque sigue el conflicto por la batuta en la selección de los participantes. Por un lado, el Comité Asesor formado por galeristas, quienes reivindican su autoridad para realizar la criba galerística, como ocurre en la mayoría de ferias internacionales. Por el otro, la dirección de Ifema, que ejerce su poder *de facto* para quedarse con la última palabra y dar el corte salomónico. Un ejemplo es la polémica surgida con la galería Cayón. El año pasado fue admitida de manera unilateral tras el rechazo por parte del Comité por dedicarse, mayormente, a las antigüedades. Este año, vuelve a estar presente. ARCO ha cambiado, o no tanto. El espectáculo, un año más, está asegurado.

NOVEDADES

Medidas para animar la compra

● **Apertura**
El 16 y 17 de febrero abre para profesionales; del 18 al 20, para el público general. Entrada: 32 euros.

● **First Collector**
Para fomentar la compra, se ha encargado a la consultora Arte Global, dirigida por Elisa Hernando, un servicio de asesoría de inversión en arte a personas aficionadas.

● **En el móvil**
Se han creado una aplicación gratuita para 'smartphones' y tabletas (iPhone, Blackberry, iPad, etc.) y un catálogo 'online'.

Rafael Yglesias novela la historia de 'Un matrimonio feliz'

Ignacio Peyró. Madrid

El suyo fue un caso de precocidad extraordinaria, como no se veía desde los tiempos de Auberon Waugh: si el novelista suele necesitar cierta madurez, Rafael Yglesias (Nueva York, 1954), encandiló a la crítica más exigente con una novela escrita siendo aún menor de edad, *Hide Fox, and all after*. Sin embargo, Yglesias –de tan remota prosapia cubana que ni siquiera habla español–, se vio afectado por uno de los mayores males del escritor, la falta de liquidez, y se volcó en la escritura de guiones cinematográficos, de la adaptación de *Les misérables* a *Dark water*.

Los guiones le dieron fama –y más dinero–, y esa fama se vería incrementada con la celebridad de su hijo, Matthew Yglesias, uno de los *blogueros* políticos y sociales más consultados en todo Estados Unidos.

Ahora, Libros del Asteroide edita por primera vez en español a Rafael Yglesias, y publica el regreso tan tardío del autor al género novelístico: *Un matrimonio feliz*, aparecida en 2009.

El regreso de Yglesias a la novela se produjo pagando el precio del dolor: la trama narra la historia de un matrimonio que –después de tres décadas de vida en común– debe afrontar el cáncer terminal de la mujer. Exactamente lo que le pasó a Yglesias con su esposa.

La crítica norteamericana ha colmado de alabanzas el resultado de lo que, según su editor español, Luis Miguel Solano, es "una novela emotiva, honda y realista, que aborda la enfermedad y la muerte, el matrimonio, la diferencia de cada sexo al asimilar las circunstancias de la vida y reaccionar ante ellas".

El escritor neoyorquino Rafael Yglesias. / J. Salzano